

Cartas que son mundos



CUANDO UN ESCRITOR habla de cómo nacen las ideas de sus novelas y en quién, o en qué, se inspira para escribirlas; cuando un editor escribe de cómo va dando forma a su catálogo, el debe y el haber de su inversión a medio camino entre el negocio y la utopía, estamos ante un testimonio que posee un excepcional valor documental porque lo que uno y otro se dicen no estaba, hasta ahora, escrito en ninguna parte. Éste es el caso de la correspondencia mantenida durante cincuenta años entre el novelista vallisoletano Miguel Delibes y su editor catalán Josep Vergés: de octubre de 1947 cuando Delibes presenta al premio Nadal su primera novela *La sombra del ciprés es alargada*, hasta noviembre de 1997 cuando el escritor se excusa por no asistir al acto de la imposición a Vergés de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, en Madrid. Una vida.

La publicidad del libro asegura que no se había publicado en España una relación epistolar de estas características. No sólo es cierto sino que se diría un libro absolutamente improbable en nuestro mercado editorial de no ser por las circunstancias actuales que favorecen, por fin, el rescate de los escritos más personales. Como éste: una prolongada conversación epistolar que se inicia siendo un intercambio meramente profesional para ir poco a poco avanzando y consolidándose como una amistad que duró hasta la muerte de Josep Vergés (2001). ¿Qué puede extraerse de su lectura? En primer lugar, valiosa información que ayuda a explicar un periodo crucial de nuestra cultura, el franquismo, con su censura ejercida a través del Ministerio de Información y Turismo, sus incertidumbres, su pragmatismo. Ahí están dos grandes hombres reforzándose mutuamente, cediendo cuando conviene, sosteniéndose frente a las adversidades personales pero también exigiendo del otro lealtad absoluta para ir trampeando las dificultades y poder avanzar en sus respectivos y ambiciosos proyectos. Las cartas hablan continuamente de dinero, de liquidaciones —«un rácano editor catalán y un rácano autor castellano cargados de hijos», en palabras de Delibes—, pero dicen mucho más sobre la amistad y el respeto que va surgiendo en la madurez de estos dos perso-

najes, hasta trazar una trayectoria común muy definida y basada en no defraudar al otro, al amigo. Sólo así puede comprenderse que Delibes no rompa con Vergés cuando sus *Obras Completas* empiezan a publicarse con cientos de erratas reiteradas ante las cuales el novelista se encuentra impotente y abatido, o bien que Vergés, con su proverbial tacañería, acepte tranquilamente la propuesta del novelista de una subida de los derechos de autor al quince por ciento (frente al acostumbrado diez por ciento en el mundo editorial).

Del empuje de los comienzos –Delibes queriendo ser escritor a pesar de su inexperiencia, Vergés haciéndose indispensable como editor por su criterio literario– a la melancolía del cierre del semanario *Destino* (cofundado por Vergés), pasando por momentos de exaltación como el éxito sin precedentes obtenido por *La hoja roja* en la edición

popular de Libros RTV (medio millón de ejemplares vendidos en un año) que los deja a ambos impresionados. «Después de tu alegría viene la mía», le dirá un Vergés satisfecho del prestigio internacional alcanzado por Delibes. Antonio Vilanova en su prólogo al libro habla del interés de esta correspondencia como una radiografía moral de ambos interlocutores porque, en efecto, ambos pusieron la mayor voluntad en proceder correctamente. Y con qué vehemencia lo hicieron.

Anna Caballé

Nota

⁰ Publicado en *ABC Cultural*, 2 de noviembre de 2002